

José Revueltas: su presencia en tres tiempos

Fotografía: © María García / Fundación María y Héctor García,
ciudad de México, 9 de marzo de 1975, Gelatina DOP

José Francisco Conde Ortega

A MEDIADOS DE LOS AÑOS SETENTA, una mañana particularmente soleada parecía sonreír a un nutrido grupo de jóvenes que, largo el cabello, morral al hombro, cigarro entre los dedos y un libro de José Revueltas bajo el brazo llenaba las cercanías de Casa del Lago. Estaba anunciada una plática con el autor de *Los muros de agua*. Mientras esperaban, aquellos muchachos compartían algo muy parecido al optimismo. Es cierto, muy cercanas estaban dos fechas por demás ominosas para la historia patria: la matanza del 2 de octubre del 68 y el halconazo del Jueves de Corpus del 71. Pero sentían que ese sacrificio no había sido inútil. Creían que una sociedad, ignorante y apática, comenzaba a despertar gracias a las movilizaciones juveniles.

Esos jóvenes habían leído, en la primera página de *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* que “... el hombre es un acontecimiento. Un *acontecer revolucionario*.” De ahí su fe en que la historia no se detiene. Por eso José Revueltas era una figura icónica. La matanza de Tlaltelolco, el *rock*, la liberación sexual —sin miedo al sida— y una conciencia crítica capaz de exigir justicia a un gobierno autoritario tenían que ser los puntos de partida para mover los cimientos caducos de una sociedad conformista. El compromiso —y ésta era una palabra clave— era de los jóvenes; otra —compañero—, un seguro resguardo. Solidaridad, compromiso, cambio, revolución constituían los andamiajes para conseguir la aspiración mayor: libertad. Libertad para decir, pensar, combatir, amar.

José Revueltas llegó a la cita. Subió trabajosamente las escaleras. Ayudado por dos camaradas, entró al salón de actos. Una mesa con el paño de la UNAM, vasos de agua y ceniceros era suficiente para el autor de *El luto humano*. El cuerpo cansado de Revueltas se transformó. Una energía desconocida inundaba el salón. La mirada intensa del escritor subrayaba su perfil de pájaro. La sonrisa amable y una voz clara pronto colmaron las expectativas. Una poderosa inteligencia dejaba ver que la pasión tenía que ser un compromiso mayor. Habló de sus libros y de sus métodos de trabajo. De su obsesiva necesidad para corregir. De sus luchas. De sus larguísimas jornadas de trabajo, en la creación y en la participación política. Del alcohol y de la vida. Fue muy claro: “No debemos esperar de nadie, sino de nosotros mismos: pensar, escribir, luchar, con audacia, despojados de todo fetiche, de todo dogmatismo, no importa el punto a que lleguemos”.

Algunas figuras tutelares habían señalado un rumbo para aquellos jóvenes que habían acudido, esa soleada de mediados de los años setenta, a Casa del Lago: Pablo Neruda, el *Che* Guevara, Efraín Huerta... Por eso necesitaban ser intransigentes. El discurso priísta se había agotado, por más que estuviera aderezado por la retórica de José Muñoz Cota, hábil adiestrador de políticos. Se necesitaba un cambio: un discurso pleno de sentido y de valor revolucionario. Quizás por eso, ya para concluir la década,

el abucheo a Octavio Paz en el Palacio de Minería, en octubre de 1977, fue como un acto de confirmación. El poeta admirado se había transformado en eco y portavoz de lo inaceptable: la regresión de la historia.

II

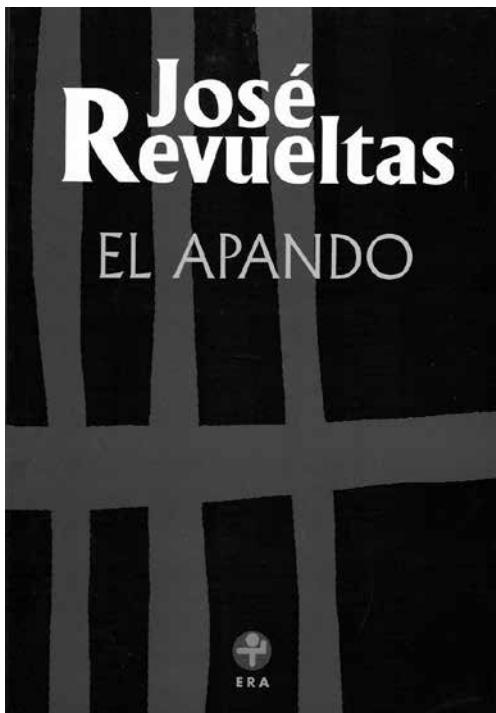
Para el nuevo milenio, para ese inescrupuloso siglo XXI, muchos de aquellos jóvenes, ávidos de cambio y, por eso, intransigentes, habían cambiado. Se cortaron el cabello, cambiaron el morral por el portafolios, el cigarro por un manual de vida saludable y el libro de Revueltas por un puesto en el gobierno. “Alquilo mi fuerza de trabajo, no mi ideología”, se atrevieron a argüir algunos, sin mucha convicción. Otros prefirieron callar. A menos de treinta años de aquellos sueños, ya eran lo que no querían ser cuando jóvenes, parafraseando a José Emilio Pacheco. Otros tantos encontraron refugio en las universidades públicas y, a su manera, siguen luchando. Y no han olvidado los libros de José Revueltas.

Los vuelcos del azar en el tiempo suelen ser aparatosos. O es que “la vida no es muy seria en sus cosas”, como escribió Juan Rulfo. Lo que parece ser curioso es que los hijos de aquellos jóvenes rebeldes, en el año 2000, votaron por un cambio aparente. Entronizaron a un partido que, históricamente, había sido el enemigo de las causas populares. Hartos de la corrupción institucionalizada, estos jóvenes votaron por otros, igualmente corruptos, pero más torpes. Los padres fueron testigos de una “docena trágica” y tres sexenios de una grisura buscada por los dueños del dinero. Los hijos presenciaron una “docena farsica”, sin proyecto y sin discurso.

La sociedad mexicana, cada vez más proletarizada, se quedó más huérfana. El *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* se publicó en 1962. Y sigue siendo válida su tesis: la inexistencia histórica de un partido de vanguardia que guíe la lucha por una sociedad más justa. La izquierda, históricamente, se ha perdido en sectarismos, posiciones dogmáticas, maniqueísmos y oportunismo. En 1988 hubo una oportunidad de cambio, aunque no viniera de la izquierda. Un fraude más en la historia electoral del país lo impidió. Ahora, el brazo ejecutor de ese hecho, de la tristemente famosa “caída del sistema”, es un connotado miembro de una de las sectas de la supuesta izquierda actual.

III

Han pasado catorce años del nacimiento del nuevo milenio. El PAN le ha devuelto el botín al PRI. La historia mexicana parece empeñada en demostrarse que nada cambia ni se transforma; que todo es asunto de darle vueltas a la noria. Total, el pueblo es



aguantador. Los políticos son cada vez más ignorantes, solamente sujetos a los designios de los dueños del dinero y esclavos de sus diseñadores de imagen. Y con un discurso esquizofrénico. Su percepción de la realidad nada tiene que ver con la de la mayoría de la gente. Los partidos políticos son empresas cada vez más prósperas. Y el que se ostenta de iz-

quierda está constituido, en su mayoría, por priístas resentidos.

Con este panorama, 2014 es el año en que se celebran cien años del nacimiento de tres de nuestros escritores más importantes: José Revueltas, Efraín Huerta y Octavio Paz. De este último, la oficialidad y la televisión se han encargado de loarlo. Y han sido injustos. El incienso no les ha permitido ponderar sus altos méritos como poeta y ensayista literario. Es uno de los mayores poetas de nuestra lengua. Han preferido verlo como un santo laico de las libertades democráticas. Sus lectores le harán justicia. De los dos primeros, sin el boato oficialista, se ha podido ver que aumenta su caudal de lectores. Y otros jóvenes se han sumado.

La literatura de José Revueltas, hoy, parece más vigente que nunca. *El apando*, *Los errores*, *Dormir en tierra*, por ejemplo, son títulos buscados, leídos y comentados con pasión por otros jóvenes, muchachos que buscan recuperar la memoria histórica en un autor que, aunada a su dominio magistral de los recursos narrativos, enseña que una posición ideológica insobornable es atributo del hombre que se asume digno y libre para tener derecho a la libertad. Como su amigo Efraín Huerta, creyó en la unión indisoluble de ética y estética. Hace falta una lectura cuidadosa de su literatura política. Sin prejuicios ni dogmatismos estériles ofrece su versión de la historia de México, a partir de ciertos hitos esclarecidos por el método dialéctico. Aún hay esperanza para el país. Hay que luchar por ella. Hay que seguir pensando que *el hombre es un acto revolucionario*. ▲▲

Ciudad Nezahualcóyotl - UAM Azcapotzalco,

otoño de 2014

Fotografía: © María García / Fundación María y Héctor García,
ciudad de México, 9 de marzo de 1975, Gelatina DOP

